

caridad que tenía para con todos, deseando ayudarles en todas sus necesidades, especialmente en las espirituales se dolía mucho de los pecados públicos. Una vez que la Compañía fué molestada de persona que de hecho lo pudo hacer, y entrando en ello personas cuya vida y costumbres no eran muy justificadas, oyéndolo el Padre sólo decía: «Dios se lo perdone,» é íbase luego á encomendarlos á Dios; cuidado que siempre tuvo no sólo en lo particular, sino en lo común de la monarquía, y aumento de nuestra santa fe y bien de los prójimos. Cuando le afligía la gota, de suerte que no se podía levantar de la cama, yéndolo á ver algunos de casa jamás conocieron en él género de impaciencia y aun apenas que padecía dolor alguno. Era agradable y jovial en su conversación y siempre ella era de cosas santas; alguno que se sentía afligido, ó por el trabajo ó por otra causa, sin que entendiera que lo sabía, le decía tales cosas al propósito, que el afligido salía de allí consolado y trocado; con ser tan viejo y tan enfermo, que aun cuando estaba bueno no se podía tener sino sobre un báculo, siempre que se ofrecía estar delante de los Superiores era en pie y descubierto, hasta que le mandasen que se sentase y cubriese; por estas, pues, y otras insignes virtudes, tenía el humilde Padre motivos particulares para esperar su premio, y también por las oraciones de innumerables almas que con su industria, procurando la gracia por tiempo de 43 años de fervorosos ministerios envió al Cielo, y por estas razones, y por haber acabado en mucha paz el P. Ignacio de las Cortes su carrera, lleno de merecimientos y virtudes, tenemos ciertas esperanzas de que está gozando de grande gloria.

CAPITULO XII.

VIDA Y EXCELENTES VIRTUDES DEL VENERABLE PADRE JUAN DE BUERAS, PROVINCIAL DE LAS PROVINCIAS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE FILIPINAS Y NUEVA ESPAÑA.

Los mismos títulos que obligaron á escribir en esta historia la vida del antecedente sujeto, que la empleó en servicio de Dios y bien de las almas en las Islas Filipinas, esos mismos títulos se nos ofrecen también para escribir la que ahora aquí se sigue del religiosísimo P. Juan de Bueras, que habiendo trabajado y gobernado por muchos años la Provincia de Filipinas, y trayéndole de allí después la santa obediencia á la nuestra de Nueva España para que la gobernase, á pocos días de haber ejercitado este oficio fué Nuestro Señor servido de llevarle de esta vida mortal á la eterna en nuestro Colegio de México, á premiarle sus santos trabajos, virtudes y peregrinaciones apostólicas.

§II.

De su entrada en la Compañía, primeras ocupaciones que en ella tuvo y grandes prendas de virtud que en ellas mostró.

Nació el P. Juan de Bueras en las montañas de Burgos, de linaje conocido y noble, y habiendo pasado con buena educación que le dieron sus cristianos padres los primeros años de su puericia, le enviaron á estudiar á la Universidad de Alcalá, donde, entre las aventajadas habilidades de aquellos estudios, se hizo muy plausible lugar su florido ingenio, adelantándose á todos en la honestidad y virtud de sus ajustadas costumbres, que, con deseo de mayor perfección, le trajeron á la Compañía. Fué recibido en ella á los 18 años de su edad, y en el noviciado creció á tan subidos grados de espíritu su devoción y regular observancia, que ya desde entonces le pronosticaban todos los grandes grados de perfección que había de subir su muy pura y devota alma, pues entre las ocupaciones precisas de los estudios hacia raya en el cuidado de su aprovechamiento espiritual. Después en la variedad de ministerios en que le ocupó la santa obediencia, jamás tuvo remisión la puntualidad y ansia con que procuraba el agrado de Nuestro Señor, y era común sentir así de los que le trataron intimamente en Europa, como de los que después le conocieron y comunicaron, con especialidad en las Indias, que no había perdido el Padre la gracia bautismal; y verdaderamente sus acciones, vistas con la atención que las examinan las comunidades y Superiores, se mostraban tan perfectas, que no se le advertía ninguna que mereciese, á juicio de todos los que le conocían, ni aun la censura de culpa venial; efectos, sin duda, de la presencia de Nuestro Señor que continuamente traía este santo varón, de suerte que no parece hacía obra ni decía palabra que primero no la examinase y ajustase delante de Dios y con su santísima voluntad.

Encargáronle los Superiores que leyese un curso de Artes en Oropeza, en que no fué menor el desvelo que puso en ganar para Dios sus discípulos que en el de su ingenio para aprovecharlos en las letras. En ambas materias sacó muy aventajados estudiantes, y uno de ellos, que después pasó á la Universidad de Salamanca con intento de adquirir lustrosas ocupaciones del siglo, dando de mano á vanidades de tierra, procuró y consiguió el ser recibido en la Compañía, publicando que los ejemplos santos y fervorosos consejos de su maestro, se le imprimieron de suerte en el corazón, que le habían reducido al feliz estado de que gozaba en la Religión. Leyó después Teología moral con los mismos afectos y efectos de espíritu, que le granjearon nombre y veneración de santo, así con los de fuera como con los de casa. Y necesitando en este tiempo de reformatión un Colegio de seculares que estaba á cargo de la Compañía, se le hubo de encomendar al P. Juan de Bueras, con cuya dirección y prudencia tuvo feliz efecto la empresa, aunque se juzgaba por muy árdua, reduciendo casi á estilo de mortificados Religiosos los que antes eran jóvenes desvanecidos, con admiración de los que conocieron el uno y otro estado del Colegio.

Siempre reconocieron los Superiores en el P. Juan de Bueras singular talento para el gobierno de la Compañía, y así, le hicieron Mi-

nistro del noviciado de Madrid, donde todos se hacían lenguas en abono de la virtud y ejemplos de grande religión con que edificaba y alentaba novicios y antiguos. El Superior tuvo tanta estima de su santidad, que desde entonces no sólo le encargó el gobierno de la casa, mas también el de su conciencia, recibiendo sus direcciones como si fueran de un ángel, siéndolo el Padre en su apacible trato, condición y amable natural.

En este ministerio tendió las velas todas de su espíritu, dándose tan de veras á Dios en la compañía de los novicios, que así de la intensión con que se entregaba al ejercicio de la oración, como del rigor de su penitencia, le sobrevino un dolor agudo de hijada que le repetía muchas veces junto con la calentura, tan continua, que llegó á estar casi ético; pero recobrado algo de fuerzas y con alguna mejoría, volvió al Colegio de Toledo, donde segunda vez leyó la cátedra de Moral; ocupación en que le halló la orden de N. P. General Mucio Vitelleschi, en que le ordenaba pasase á la Provincia de Filipinas, sin decirle el empleo que allá había de tener. Obedeció el Padre tanto con mayor gusto, cuanto era la orden de más absoluta obediencia que se le había ofrecido, por no haber pedido jamás aquesta asignación. Fué grande el sentimiento de aquella Provincia que se deshacía de un sujeto tan amable á Dios y á los hombres y de tan singulares prendas y celestiales dones con que la Majestad Divina le había ilustrado liberalísimamente.

Hízose á la vela en Cádiz, y en la navegación no perdió punto de la regularidad que podía tener el más retirado Religioso en un noviciado, ordenando la distribución de todos los ejercicios espirituales que ejercita la Compañía tan exactamente, que ganó entre los navegantes opinión de santo, siguiéndose no pequeños frutos del alma, de las doctrinas y pláticas con que procuraba el aprovechamiento de todos, y á las oraciones del Padre atribuían el haberlos librado Dios del manifiesto peligro en que sin remedio habían de chocar con otra nao. Luego que llegó á la Provincia de México (donde todos los de la Compañía que pasan á Filipinas son hospedados como Hermanos muy amados en Cristo), se dió á conocer el P. Juan de Bueras muy en particular por su religión, modestia y compostura, devoción y humildad y letras, y fué reverenciado, edificando con palabras y obras el tiempo que se detuvo en ella, hasta que se embarcó para Filipinas, como lo vimos todos los que en aquel tiempo le tratamos y conocimos.

§ II.

Embárcase para Filipinas,

hállase allí con patente de Rector del Colegio de Manila,

y las excelentes virtudes con que ejercitó este oficio.

Llegóse el tiempo de la partida del P. Juan de Bueras con sus compañeros, que eran muchos y las naos pequeñas, y así, fué forzoso el repartirse en dos naos. A pocos días se sintió peste en la que iba el P. Juan de Bueras, por ser excesivo el calor y mucho el número de la gente. Aquí tuvo su caridad fervorosa materia grande en que ejerci-

tarse, sirviendo de enfermero á los apestados con tanta solicitud en el regalo de sus cuerpos y disposición de sus almas, que de muchos que murieron ninguno dejó de recibir los Santos Sacramentos de Penitencia y Extremaunción, y cuando dió lugar el tiempo, la Sagrada Comunión; diligencia que se reconoció y debió al amor y piedad con que el Padre los asistía sin cansarse. Y porque su espíritu se emplease en mayores actos de amor de Dios y conformidad con su santísima voluntad, fué Su Majestad servido de llevarse para sí á cuatro de sus compañeros, que por más asistentes á los apestados, cayeron ellos heridos de la misma dolencia. Suceso fué éste de no poco dolor para el Padre, que ofreció á Dios con grande serenidad y grandeza de ánimo. Y supose que el alma de uno de estos benditos Religiosos la vió subir al Cielo otro de sus compañeros, hijo de espíritu del P. Bueras y con quien solía comunicar los secretos y favores con que lo regalaba Nuestro Señor, y se tuvo por cierto había tenido la misma visión el Padre, por la aseveración con que lo refería, no obstante que era muy recatado en tratar de estas materias.

Luego que desembarcó en las Islas Filipinas, le dieron la patente que llevaba el mismo Padre (sin saberlo él), en que N. P. General le hacía Rector del Colegio de Manila, nueva que le sobresaltó por rehusar estas ocupaciones su grande humildad y retiro. Pero obligado de la obediencia hubo de sujetarse al cargo, y le aceptó con tanta aclamación y agrado de la Provincia, que agradecida á N. P. General por haberle dado un sujeto de tan señalada perfección y prudencia, le pidió se le diese por Provincial acabado su rectorado; juntaba la suavidad de su condición y piadoso natural, la rectitud de un Superior vigilantísimo y celoso de la observancia religiosa, con que en todas introducía suavemente la disciplina religiosa. Era caritativo con los enfermos, solicitando el regalo á los necesitados. Para sí nunca admitía particular en la mesa, ni en sus dolores y enfermedades permitía que se le hiciese regalo, ni que le acudiese á su aposento persona que le ayudase ni aun á barrerlo, adelantándose en todo lo que era penoso con su ejemplo. Fregaba en la cocina y servía todas las semanas en el refectorio, donde también ejercitaba particulares ejercicios de mortificación, las vísperas de las celebridades de Cristo y de su Santísima Madre. Hacía pláticas y doctrinas en los cuerpos de guardia con mucho fruto de los soldados, visitaba los hospitales y cárceles á menudo, exhortando á todos que se confesasen, y en las fiestas principales y jubileos les enviaba de comer á aquellos pobres. Adelantó con sumo cuidado las Congregaciones, encargándose de las de los seglares todo el tiempo que fué Rector de aquel Colegio. El primero que bajaba al confesonario los días de concurso en nuestra Iglesia era el P. Juan de Bueras, y en él acudía con más cariño y mayor gusto á los pobres y desvalidos indios, negros y soldados.

Si venimos á hablar de su modestia y compostura, ésta era tal que sólo el mirarle le acreditaba de santo. Guardaba la vista, sin alzar los ojos más de lo que le permitía la urbanidad y cortesía; el vestido era tan pobre, que ya parecía llegaba á ser indecente. Su aspecto era testigo de su mortificación y penitencia, porque traía quebrado el color y era mucha la flaqueza que le resaltaba de los muchos cilicios y disciplinas con que se atormentaba, sin poderle ir nadie á la mano en este rigor excesivo; tanto padecía, que un Padre muy grave quisiera

ser Superior del P. Juan de Bueras, sólo para ponerle tasa en sus penitencias; cuando ya no era Superior, si se le ordenaba que recibiese algún regalo por sus muchos achaques, era menester vencer su resistencia con expresa obediencia con que se lo mandaban, pero á pocos días alegaba mejorías de salud para excusarlos; y admitíasele algunas veces sus razones, por saberse cuánta penalidad recibía el santo Padre con estos alivios, aunque fuesen en sus enfermedades que en breve tiempo repetían, y era necesario nueva contienda para que los admitiese. Y en sola esta materia se hallaba de parte del P. Juan de Bueras alguna resistencia, porque en todas las demás órdenes de obediencia era tan pronta su ejecución, que solía decir de él el venerable P. Alonso de Humanes, Provincial entonces de aquella Provincia (y de santidad tan grande, que después de muerto le ha ilustrado Nuestro Señor con algunas obras maravillosas), que se confundía de las menudencias con que acudía á pedir licencias el Padre Rector, y mucho más de su prontitud en admitir y ejecutar cualquier cosa que se le ordenase. La pureza de su alma se entendió, que era más de ángel que de hombre: conservóse en la integridad y limpieza de su cuerpo que martirizaba con porfiada crueldad, y ni aun los mosquitos apartaba de sí, padeciendo su molestia, de suerte que en llegando á México del Puerto de la Veracruz (donde corre esta plaga), vino tan hinchado de las picaduras que allí le dieron esos animalillos, que fué necesario curarle de propósito. En sus conversaciones sólo se oían pláticas de varones espirituales, introduciendo las de aquellas virtudes en que fueron insignes los que han ilustrado la Compañía ó actualmente vivían en ella con fama de espirituales; y tuvo siempre notable cuidado en alcanzar á saber de los que en las demás Provincias tenían esta acepción y nombre; jamás se le oyó palabra que significase falta de otro, todos eran buenos en su estimación y elogios con que hablaba de todos. Nunca se vió que pusiese la mano en la cabeza á los niños, cariño ordinario de estas criaturas, ni que oliese flor, antes cuando le presentaban algunos ramilletes, los enviaba á la capilla ó Iglesia. Su paciencia (que es virtud de perfectos) fué admirable por lo mucho que padecía y poco que se quejaba; algunas piedras del tamaño de avellanas echó por la orina sin oírsele ni un quejido, cuando lastimaba su penalidad á todos; registrándose en el aspecto lo mucho de dolor que disimulaba, compadeciéndose todos de su rigurosa dolencia.

Su mansedumbre, acompañada de piedad, fué grande; nunca sus súbditos le vieron enojado, y siempre se veía en el Padre Juan de Bueras una severidad constante por una parte, y por otra tan apacible, que muchos casos adversos no le alteraron. Gobernaba tan provechosamente á sus súbditos, que con facilidad corregía sus faltas, y advertidos ellos de su apacible Prelado, admitían con sumo agrado su corrección. A los que afligidos le buscaban, hallaban el remedio en su paternal afecto, confiados siempre de su benignidad.

Esta grande prudencia se manifestaba no sólo con los de casa, mas también en arduas dificultades que con los de fuera se ofrecían, y al parecer irremediables, si la dirección y consejo del P. Bueras no las facilitara. Componía las discordias que muchas veces se ofrecían en la ciudad, acudiendo todos por el remedio, como cierto, á la disposición del Padre, con que se acababan negocios de gran importancia, y

aun las Sagradas Religiones le consultaban en sus diferencias. Fué finalmente este insigne varón, de generoso ánimo, y le mostró en las ocasiones que en su tiempo se ofrecieron. Festejó las canonizaciones de nuestros gloriosísimos santos con el mayor aparato y pompa que se ha visto en aquella tierra. Comenzó y acabó la grandiosa fábrica de nuestro templo y Colegio de Manila, dando principio con la pequeña limosna que, para el efecto, le hizo un republicano noble de Manila. Otras tres iglesias se fabricaron en diferentes pueblos, de mucha capacidad y hermosura, en el tiempo que fué Provincial, deseoso de que se fabricasen muchas más y se adelantase el culto divino y fomentase la devoción de aquellos recién convertidos cristianos.

§ III

*Señala N. P. General al P. Juan de Bueras
por Provincial de Filipinas,*

y de la grande prudencia con que gobernó esta Provincia.

Cuatro años había sido Rector del Colegio de Manila, cuando le llegó la patente de Provincial de esta Provincia, oficio en que fué mucho lo que obró en servicio de Nuestro Señor, por espacio de diez años que le duró este oficio. En viéndose con obligación de visitar la Provincia, para hacerlo con exacción y provecho de los prójimos, por donde anduviese visitando (que á todo eso le obligaba el grande celo que tenía del bien de las almas), se dió muy de propósito al estudio de dos lenguas diferentísimas que aprendió con ventajas, siendo aqueste fervoroso ejemplo aliento para los Padres más mozos, viendo á su Provincial solícito con tantas ansias en este ministerio glorioso. Hacía pláticas y sermones, enseñaba la Doctrina Cristiana en ambos idiomas, con admiración y utilidad grande de aquellos cristianos, de cuya enseñanza fué celosísimo, amando y reverenciando con particulares demostraciones de benevolencia y estimación á los que se dedicaban á estos ministerios.

El fué el que procuró, con la eficacia y buenos efectos que se saben, la conquista de Mindanao y Joló, en donde muchos de los nuestros han derramado su sangre á manos de los moros, no sin muchas circunstancias de aquellas que se juzgan por necesarias para el martirio. Con este mismo afecto diligenciaba el despacho de los que habían padecido en Japón, ayudando á algunos para que pasasen allá con ardiente celo de que se propagase el Evangelio de Cristo entre aquellas gentes. Uno fué el ilustrísimo mártir, P. Francisco Marcelo Mastrilli, con quien trató familiarmente y á quien ayudó en su viaje por haber arribado á Filipinas, con notables ansias de emplearse todo en servicio de quien había de dar su vida por Cristo, y tuvo particular conocimiento de los especiales favores con que regalaba Nuestro Señor á ese insigne mártir. En materias de espíritu fué singular la discreción con que el P. Juan de Bueras trataba á las personas que más se señalaban en familiar comunicación con su divina Majestad. Y por noticias del Padre se supieron los repetidos regalos con que favorecieron Cristo Nuestro Señor y su Madre Santísima al P. Diego de

Saura, cuyas insignes virtudes fueron muy conocidas en aquella Provincia. Veneraba el P. Bueras con tiernísima devoción á aquellos nobilísimos japoneses, reliquias de los que, desterrados de su patria, Japón, por la fe de Jesucristo, llegaron á Filipinas, donde hoy han quedado algunas señoras beatas, que residen en nuestro pueblo de San Miguel, cerca de la ciudad, y señoras principalísimas, que habiéndolas sacado á la vergüenza por las calles públicas de Meaco, salieron al destierro por Cristo, las cuales en Manila, con mucha razón, son veneradas de españoles y naturales; y el P. Juan de Bueras se valía en necesidades urgentes de sus oraciones, y siendo él estimado de ellas por hombre santo; y con este mismo concepto reverenciaban al Padre los de las Provincias de China, Japón, India y Macan, extendiéndose en todas ellas la fama de sus excelentes virtudes.

Erale forzoso para visitar su Provincia el navegar por aquellos mares, en que se vió muchas veces con manifiestos peligros de ahogarse y tal vez dió deshecha en tierra la embarcación en que iba, y fué necesario sacarle del agua en hombros de la gente que le acompañaba. Otras veces se veía necesitado de pasar las noches en aquellas playas, molestado de lluvias, vientos y mosquitos, sólo con el abrigo de un petate ó estera, de que se le recrecieron muchos achaques, sin que estos pudieran retardarle los caminos y visitas, por no faltar á la obligación de su oficio y consuelo de los nuestros que le esperaban en varias ocasiones. Se puso en conocidos riesgos de dar en manos de enemigos que con poderosas armadas infestaban aquellos mares; y en cierta ocasión se halló rodeado en una playa de negros, que habiéndose huido de sus amos se habían guarecido en un monte, desde donde cometían muchos insultos y latrocinios, los cuales, armados de arco y flecha, con ferocidad de sus naturales cercaron al Padre; mas aquí su apacibilidad santa supo exhortarlos con tanta energía á la enmienda de sus vidas, que proponiéndolo y besándole la mano se volvieron á sus guaridas, contentos de haber recibido la bendición del Padre.

Cuando navegaba, hacía que se tomase tierra siempre que se podía para decir Misa; y en la celebridad de este Sacrosanto Sacrificio fué su ternura y devoción tan grande, que aun los que oían su Misa participaban de esa devoción, no sin grandes medras y júbilos de sus almas. Fué puntualísimo en las ceremonias sagradas; nunca, mientras pudo, dejó de celebrar, por más que su debilidad y flaqueza quisiera estorbárselo, y aunque se atropellasen ocupaciones no había de minorar el tiempo que gastaba en decirlo, siendo uniforme en todos tiempos. Acontecióle, por no dejarla de decir una vez, caminar tres leguas á pie y por tan malos caminos, que le era preciso ayudarse de los bordones por no despeñarse, con que llegó á la una, después del medio día al pueblo; sólo con el aliento que el espíritu le daba, que ese le bastó para celebrar después de tanto trabajo.

No le embargaban las ocupaciones de su oficio para sus devociones, en tan grande número, que había menester para desocuparse de ellas, tomar del tiempo de su descanso. Fuera del Oficio Divino, rezaba el de Nuestra Señora, de quien fué hijo tiernísimo en la devoción, y deseando entrañarla en todos, cuando dejó de ser Provincial, volvió á encargarse de la Congregación que tuvo á su cargo siendo Rector. Rezaba también el Oficio de difuntos, compadeciéndose con suma piedad y afecto de las penas que en el Purgatorio padecen aquellas benditas

almas. No había indulgencia con que alguna se sacase que no la supiese y procurase ganar las veces que podía, y las que se podían aplicar para alivio de sus penas, con Misa, Rosario y Oficio Divino, y porque todos tuviesen noticia de ellas, y de lo que en bien de las almas podían obrar, hizo imprimir en México un papel que se repartió á todos, para que las conociesen. Con estos santos sufragios fué parte para que en Manila, no sólo en la Catedral, sino también en los demás conventos se tocase de noche á las ánimas, para que todos los fieles las ayudasen con sus oraciones. Con nuestro Padre San Ignacio y San Francisco Javier, fué grande la devoción que tuvo, cuyas imágenes al pie de un Crucifijo tenía delante de sí siempre que estudiaba ó escribía. En la del Santísimo Sacramento (demás de lo que habemos dicho) era tan continuo, que demás de las horas que tenía señaladas para visitarle, lo hacía en cualquier rato que se desocupaba, y parece que no acertaba á dejar la tribuna de la Iglesia por asistirle. Siempre comulgaba espiritualmente muy á menudo, imprimiendo en todos con sus exhortaciones aquesta devoción santa, y que en espíritu asistiesen á todas las Misas que á todas horas se dicen en el mundo, y así pudiese el alma en todos lugares adorar á Cristo Sacramentado. Rezaba los Rosarios de la Pasión de Cristo y de la Santísima Virgen su Madre, con muy sensibles favores del Cielo. Con las reliquias de los santos que había en nuestros Colegios mostraba la misma devoción, rezando siempre de los insignes, diciendo que muchos de aquellos santos, por no conocidos, podría ser que en toda la vida no se hiciese memoria de ellos, y que se hacía á Nuestro Señor particular servicio en dar á sus santos la veneración debida. Con gastar en estas devociones el tiempo que le vacaba del oficio, nunca le faltó para su lección espiritual, en que era puntualísimo; leyendo siempre libros de espíritu ó meditación, sabía de memoria el *Contemptus mundi*, y deseoso que todos se aficionasen á su doctrina, hizo que se diese á la estampa en Manila, y los libritos de «Afección á Jesús y á María;» y para que los fieles se ayudasen unos á otros con caridad cristiana, hizo también imprimir la Carta de Hermandad y Comunicación de Buenas Obras, y el libro de ayudar á bien morir, deseando por todos caminos y modos este venerable varón, ayudar á sus prójimos y promoverlos en el servicio de Dios y provecho de sus almas.

Los mismos ejercicios de mortificación y ejemplos con que edificaba á los nuestros siendo Rector y súbdito, continuó siempre en el oficio de Provincial, siendo el primero que salía á barrer con la Comunidad, y en las distribuciones en que toda ella acudía, nunca, que no estuvo impedido, hizo falta. Lavaba los pies á los huéspedes y á nuestros compañeros que llegaban á aquella Provincia; llevaba la comida á los pobres de la cárcel y hospitales, en cuerpo, por medio de las calles, cargando las cestas de pan y ollas á los hombros, previniéndose con una escoba para barrer en el hospital las salas de los enfermos adonde acudía frecuentemente á ejercitar nuestros ministerios. Su cortesía con los súbditos y con los de fuera de casa, fué con excelencia grande; á todos agasajaba con agrado tan amoroso, que les robaba las voluntades; con los Hermanos Coadjutores se mostraba tan humano, que eran sus delicias el comunicarlos, por hallar en ellos sinceridad religiosa, adelantándolos con sus pláticas y consejos en el camino de la virtud, de que sacó muy aventajados discípulos en aquel estado.

§ IV.

*Acaba su oficio de Provincial
el P. Juan de Bueras en Filipinas. Señálale N. P. General
para Provincial de la Nueva España,
adonde poco después de su llegada remató su santa vida.*

Nunca se remitía ni alojaba en este santo varón el fervoroso celo de emplearse todo en ayuda de la salvación de las almas, conforme al Instituto de la Compañía, como hijo legítimo de ella, toda su vida; y así, acabado su Provincialato, se retiró á un pueblo de indios que estaba á nuestro cargo, donde ejerció los ministerios de confesonario y púlpito con los alientos y frecuencia que el operario más robusto, pero poco le duró este retiro, por llamarle al Colegio de Manila, el deseo con que la ciudad le pedía para oráculo de sus dificultades, maestro de sus almas, alivio de sus aficciones y dechado de todas virtudes. Aquí le llegó orden de N. P. General para que viniese á la Provincia de Nueva España, para que, después de haberla visitado, quedase por Provincial de ella, y aunque con atención á sus muchos achaques y sentimiento de la falta de tan esclarecido varón, se hicieron varias consultas para detenerle en Filipinas, no bastó dificultad alguna de las muchas que se le oponían, para que con humilde rendimiento no antepusiese la obediencia de N. P. General á todos estos riesgos. Dos veces se embarcó para la Nueva España; la primera arribó por las tempestades y malos tiempos en que padeció mucho, sin que los trabajos grandes de la navegación le acobardasen para hacerse á la vela el año siguiente.

En llegando al puerto de Acapulco, después de seis meses de viaje, le recibió esta Provincia con grandes muestras de amor y voluntad, venerando desde luego en la santidad conocida del Padre visitador Juan de Bueras, un Superior dado de la mano de Dios, mostrando en todas sus acciones el piadoso espíritu de su paternal mansedumbre. Todos le amaban tiernísimamente, y sentían como propios sus achaques, lastimándose de su poca salud y con no pequeños afectos de sentimiento. Aquí procedió con el mismo tenor y ejemplo de observancia que tenía connaturalizado en su espíritu. Todos experimentaron en él entrañas de Padre y deseo de que todos tuviesen consuelo y gusto, agradecido en extremo á cualquier obsequio que se le manifestase. Acudía con suma puntualidad á los ejercicios de Comunidad y se adelantaba en los más humildes de servir y fregar y barrer los sábados por la mañana, en que á la Misa de la Virgen comulgan los estudiantes de una de las clases de estudios por su orden; esas mañanas asistía el P. Juan de Bueras en el coro del Colegio para confesarlos, los cuales concurrían con frecuencia á confesarse con el Padre, atraídos de su afecto. Alegre se gozaba esta Provincia con Superior Visitador tan angelical y santo, sirviéndose Nuestro Señor de que de nuevo le llegase patente de N. P. General para que, como Provincial, gobernase la Provincia; y con esta nueva carga quiso también Su Majestad que se le fuesen aumentando sus achaques y enfermedades con tanto rigor, que le obligaron á hacer cama, acudiendo con ordinaria

asistencia los mejores médicos de la ciudad, y los de casa con singular cuidado y algunos conventos de Religiosas con muchas oraciones, pidiendo su salud á Nuestro Señor; pero llamábale ya al premio de sus muchos trabajos padecidos por ampliar su Santo Nombre en estas Provincias. Y conociendo este siervo de Dios que se acercaba ya este término de descanso de sus fatigas, se reconcilió, como para decir Misa, hallándose apenas materia para absolverle; recibidos los demás Sacramentos, protestando delante del venerable de la Eucaristía no haber hecho cosa alguna en su gobierno que no entendiese ser gloria de Nuestro Señor y servicio suyo, durmió en paz lleno de merecimientos y santas obras. Dispúsose el entierro, á que acudió lo más lucido de las Religiones, llevándole en hombros los Prelados y personas más graves de ellas. Asistió un señor Inquisidor con otros Ministros del Tribunal Santo de la Fe, cuyo calificador por la Suprema era el P. Juan de Bueras. Honráronle algunos señores Prebendados é hizo los Oficios el señor Deán de la Santa Iglesia, con la música de la Catedral. Llegaban todos á besarle la mano y pies antes de sepultarlo, derramando lágrimas de sentimiento y devoción, que por muchos días quedó impresa en los ánimos con la dulce memoria de varón tan santo. Murió en el Señor y en nuestro Colegio de México, á 19 de Febrero del año de 1646 y de edad de 64, de los cuales los 46 vivió en la Compañía, con los admirables ejemplos de Religión que quedan referidos y en el grado de profeso de cuatro votos 26, dejando muchas prendas de que se fué á gozar los de la eternidad á la gloria.

Y porque después de haber escrito esta vida vino á mis manos un papel de letra de ese santo varón, en que él mismo contó muy agradecido á Nuestro Señor por los beneficios con que su divina bondad desde su niñez le había prevenido, los cuenta muy por menudo, me pareció añadirlos aquí en la forma que los dejó escritos: «1.º En el Bautismo ó antes, me cupo por Patrón el glorioso Arcángel San Miguel, como lo dejó escrito mi padre contando mi nacimiento. 2.º Buena crianza de mis padres, por haber sido siervos de Dios. 3.º Haberme dado Dios Nuestro Señor desde niño grande inclinación á todo lo bueno. 4.º La devoción de Nuestro Señor, por cuyo medio creo se dispuso el ir yo á estudiar á Alcalá y conocer la Compañía y aficionarme á ella. 5.º Siendo niño (aun no sé si tenía uso de razón), caí en una caldera de agua muy caliente, abraséme la cara, y fué misericordia de Dios el no haber padecido daño alguno en la vista. 6.º Haberme traído á la Compañía de Jesús y conservado en ella, desmereciéndolo yo mucho. 7.º Haberme escogido para las Indias, dejando otros mejores. 8.º En la navegación del mar del Norte, me libró Dios de un gran peligro, habiendo encontrado la nao en que yo iba con otro mayor. 9.º El primer día que me embarqué en Acapulco para las Islas Filipinas, un soldado de posta que andaba por el navío con prisa, me dió sin reparar con la punta de la espada sin vaina, debajo del ojo, en la misma cubierta de él, atemperando el Señor el impulso, de manera que sentí el contacto y no me hizo daño alguno, ni rasguño ó señal. 10. Yendo á la visita de Pintados, topó la embarcación con una peña que estaba cubierta con la creciente y la rompió, y fué misericordia del Señor estar cerca de un río, donde nos metimos. 11. Yendo á la visita de Pintados, también topó el navío en que iba hasta Otón, y fué Nuestro Señor servido que nadie peligrase, aunque el navío se rompió. 12. A

particular favor del Señor atribuyo haber tenido trato familiar con aventajados siervos suyos, y ser ayudado de ellos en sus oraciones en esta vida y en la otra. Otros deo y muchísimos no conozco, doy inmensas gracias á Nuestro Señor por todos.» Hasta aquí el memoria-lito del santo Padre, de que se sirvió en el tiempo de los ejercicios de nuestro Padre San Ignacio, para encender su espíritu en fervorosos afectos de amor de su Dios y Señor.



LIBRO UNDÉCIMO

**En que se refiere el estado
y frutos de la predicación del Evangelio en las misiones
que la Provincia de la Compañía de Jesús
en la Nueva España conserva entre gentes bárbaras, y los sucesos
de ellas desde el año de 1644
hasta el de 1654, en que sale á luz esta historia.**

HABIENDO escrito en este tomo la historia y crónica de fundaciones de Colegios de nuestra Compañía en el Reino de Nueva España, y frutos de grande edificación que con la divina gracia en ellos se han conseguido, y habiendo antes sacado á luz otro tomo que con el título de Triunfos de la Fe escribimos de nuestras misiones entre naciones bárbaras, ahora por remate y corona de esta historia me hallo obligado á escribir y referir en este último libro, lo que después acá la Divina Bondad se ha dignado de obrar por medio de nuestros operarios evangélicos que están empleados en esas gloriosas empresas desde el año de 1644 en que las dejamos, hasta el presente en que sale á luz esta historia. Porque la misericordia divina, aunque á los hijos de la Compañía se les han ofrecido grandes dificultades y persecuciones que vencer, y aun derramar algunos su sangre por llevar adelante estas gloriosas empresas, con todo, no han alzado mano de ellas, ni Dios Nuestro Señor ha cesado de favorecerlas y concederles nuevos triunfos y victorias, y esclarecidos frutos de tan santos trabajos. Y como en aquel tomo solamente escribimos lo que tocaba á aquellas evangélicas misiones, sin tratar de lo que pertenece á todo el cuerpo de la Provincia, que está repartida por todo el Reino de la Nueva España; así para este libro último habemos reservado en escribir en particular lo que en ellas se ha obrado y es digno de memoria. De lo cual también se sigue, que aunque aquel tomo salió primero, pero á éste se le debe el título de primero, por tratarse en él de la historia general de toda nuestra Provincia, y en el otro de solas las misiones, que han sido uno de sus particulares y dichosos empleos; y primero escribiré de lo su-